

Agustín Fernández Paz

Luna de Senegal

Ilustraciones
de Marina Seoane



ANAYA





1

18 de junio, miércoles

CON LUNA LLENA

¡Qué alegría, descubrirte hoy en medio del cielo oscuro! Después de tantos días de lluvia y nubes grises, ya casi había perdido la esperanza de volver a verte. Pero estás aquí otra vez, enorme y redonda, bañándome con tu luz, como hacías la última noche que te contemplé desde nuestra casa de Ziguinchor, la víspera de venirnos para estas tierras tan lejanas.

Te veo más pálida y más distante, tal vez también tú sientas este aire frío que me hace añorar a todas horas la brisa cálida que dejamos atrás. O quizá son mis ojos, que ya se van acostumbrando a esta luz apagada de Galicia y

a las grandes nubes que cubren el cielo la mayor parte del día. Papá nos cuenta que aquí no existe la estación de las lluvias, que el agua puede caer en cualquier mes del año, y que muchas veces lo hace de una manera tan suave que más parece una caricia sobre la piel. Y nos asegura que el tiempo de verano ya está muy próximo, que no es normal que no hayan llegado aún los días de calor, que pronto volverá a brillar el sol, y entonces todas las cosas recuperarán los colores que la lluvia les robó.

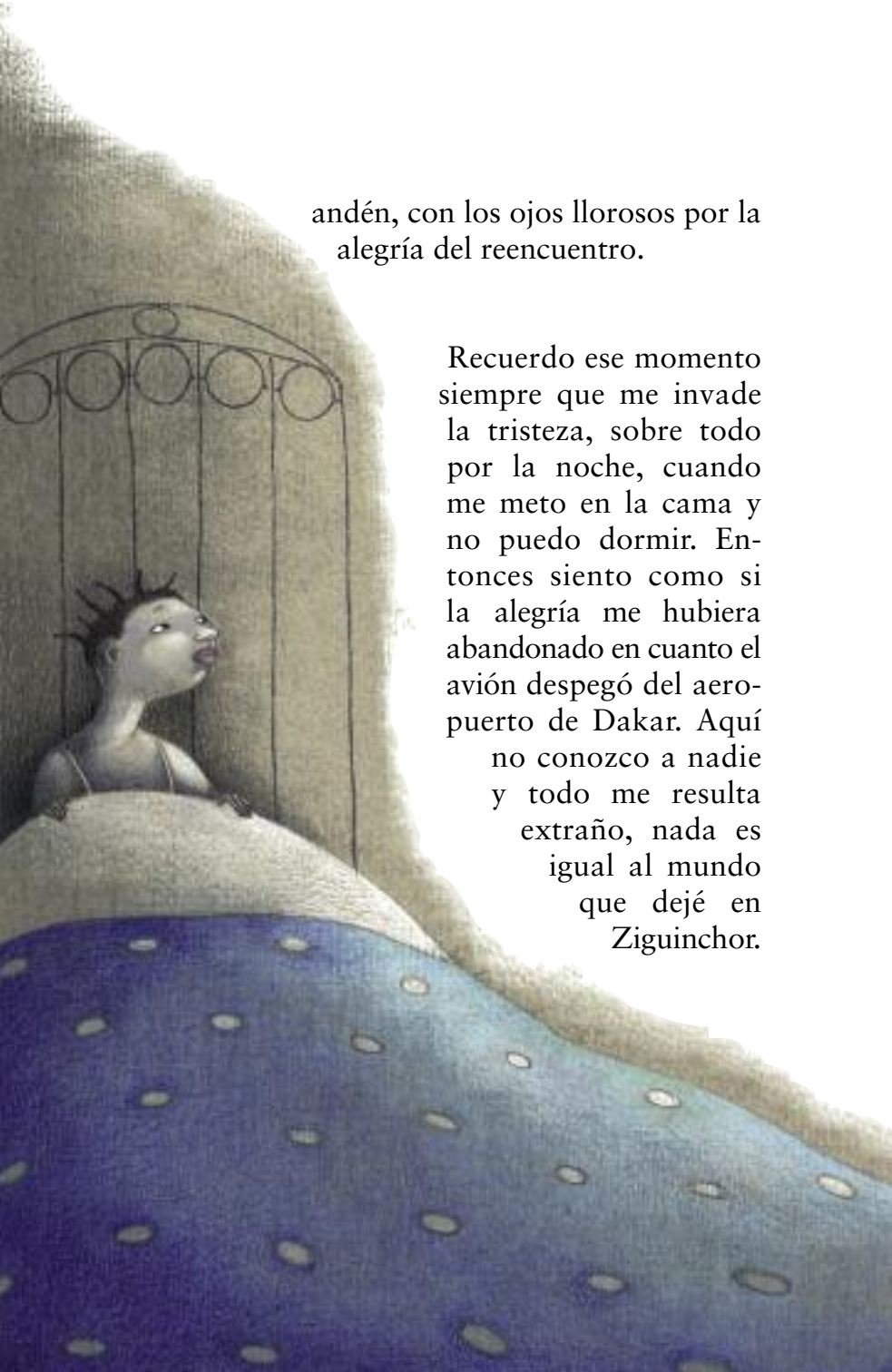
Cuando por la noche nos sentamos los cuatro en torno a la mesa de la cocina, papá nos explica que debemos tener paciencia, que no resulta fácil acostumbrarse a un nuevo lugar, y más si es tan distinto del que dejamos. Nos cuenta que él también lo pasó mal al principio, que comenzar siempre es difícil, pero que todo resultará más sencillo si estamos juntos. Y nos asegura que las cosas van a ir bien, que Naima y yo podremos estudiar, que mamá no tendrá que consumir su vida trabajando por cuatro monedas, que debemos alegrarnos por dejar atrás la pobreza que nos tenía atrapados en Senegal.

Y mamá, si me ve callada y triste, también me dice que debemos confiar en la nueva vida que nos espera, que papá nunca nos hubiera hecho abandonar nuestra casa de Ziguinchor si

no supiera que aquí íbamos a estar bien. Mamá me lo explica con ojos alegres, y a mí me gustaría creerla; me gustaría ser pequeña como Naima y vivir como una aventura lo que nos ocurre cada día. Pero no es así, y no sé si algún día me acostumbraré a este nuevo lugar.

La única alegría verdadera es que estamos los cuatro juntos otra vez, eran ya muchos años sin ver a papá. ¡Cómo deseaba abrazarlo! Mientras el tren se acercaba a la estación, permanecí en todo momento con la cara pegada al cristal, observando uno por uno los rostros de la gente que esperaba en el andén. Fue fácil distinguir a papá entre tantas personas como allí había, porque es muy alto y, sobre todo, porque era el único de piel oscura. Lo reconocí al instante, a pesar de tantos años como llevaba sin verlo, y no solo por las fotos, sino porque el corazón me lo anunció antes de que mis ojos lo descubrieran.

Nada más vernos, se subió al tren y se abrazó a mamá como si ellos dos estuvieran solos en el mundo y nada les importase más que aquel abrazo. También hubo después besos y abrazos para Naima y para mí, que habíamos aprendido a quererlo a través de las fotos y que por fin lo conocíamos en la realidad. Los abrazos duraron tanto tiempo que ya no quedaba nadie más en el vagón cuando los cuatro bajamos al

An illustration of a woman with dark skin and spiky hair, wearing a dark tank top, sitting up in bed. She is looking upwards and to the right with a thoughtful expression. The bed has a blue blanket with white polka dots. The background is a textured, light brown wall with a decorative archway above the bed.

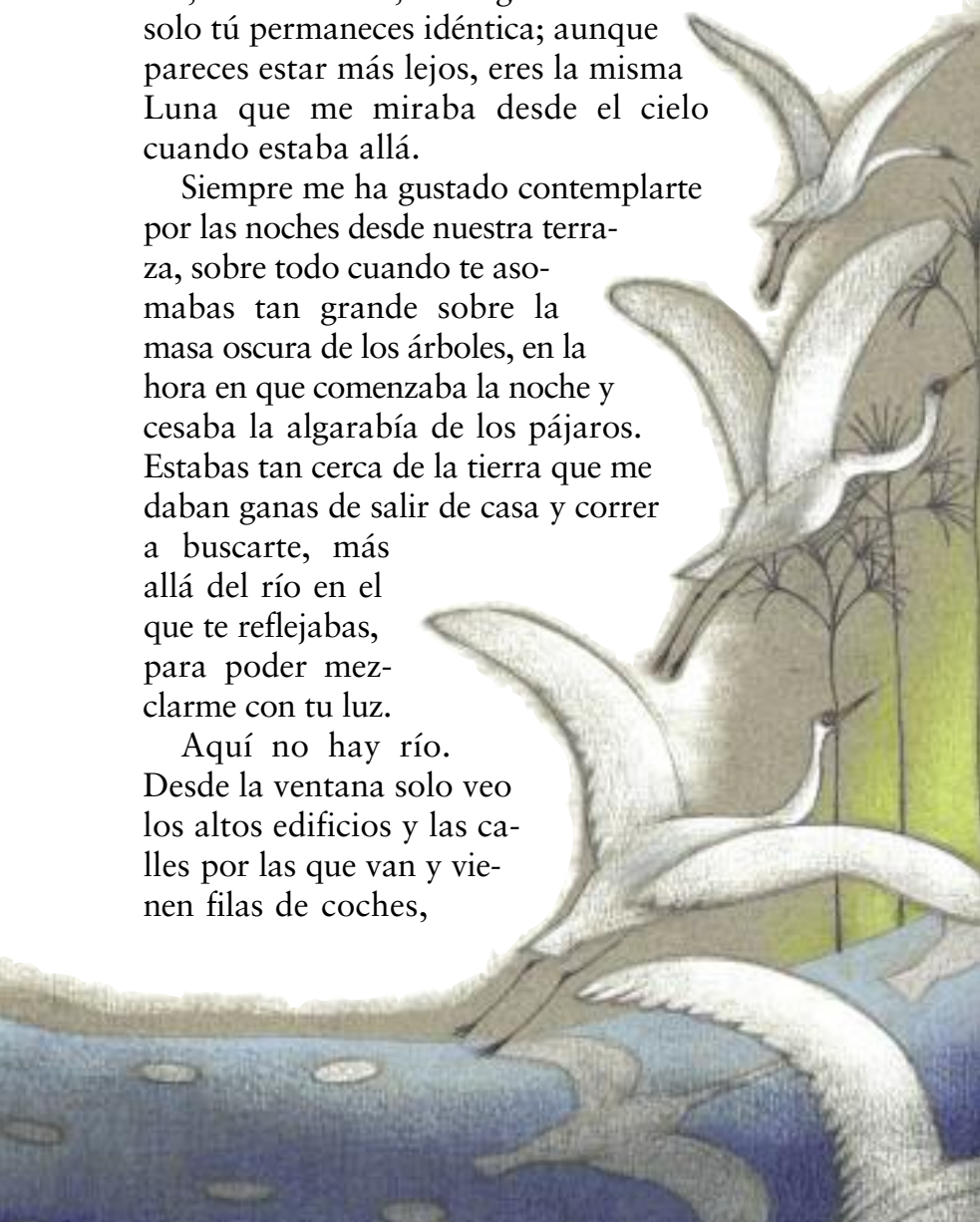
andén, con los ojos llorosos por la
alegría del reencuentro.

Recuerdo ese momento
siempre que me invade
la tristeza, sobre todo
por la noche, cuando
me meto en la cama y
no puedo dormir. En-
tonces siento como si
la alegría me hubiera
abandonado en cuanto el
avión despegó del aero-
puerto de Dakar. Aquí
no conozco a nadie
y todo me resulta
extraño, nada es
igual al mundo
que dejé en
Ziguinchor.

Ni las casas, ni los árboles, ni la tierra, ni la luz, ni los olores, ni la gente. Tan solo tú permaneces idéntica; aunque pareces estar más lejos, eres la misma Luna que me miraba desde el cielo cuando estaba allá.

Siempre me ha gustado contemplarte por las noches desde nuestra terraza, sobre todo cuando te asomabas tan grande sobre la masa oscura de los árboles, en la hora en que comenzaba la noche y cesaba la algarabía de los pájaros. Estabas tan cerca de la tierra que me daban ganas de salir de casa y correr a buscarte, más allá del río en el que te reflejabas, para poder mezclarme con tu luz.

Aquí no hay río. Desde la ventana solo veo los altos edificios y las calles por las que van y vienen filas de coches,



tantos como nunca había imaginado. Descubrirte hoy en el cielo me ha hecho sentirme más alegre. Eres la única amiga que tengo aquí, el hilo que me une a la tierra que dejé, todavía no he encontrado otros que me ligen a este nuevo mundo. Además, me gusta que tengamos el mismo nombre. Mamá siempre me cuenta que me pusieron Khoedi, que quiere decir «luna» en la antigua lengua de los bassari, porque la abuela se empeñó en que era el nombre que mejor le sentaba a mi cara redonda. Luna y Khoedi, o Khoedi y Luna. Me alegra saber que iremos siempre juntas.

Naima ya duerme desde hace tiempo, pero yo no quiero acostarme todavía. Prefiero estar aquí, observándote a través de la ventana. Además, cuando me acueste, sé que tendré el mismo sueño de todas las noches, el que se repite desde que llegué aquí. Y no quiero, porque después paso mucho tiempo llorando en silencio para no despertar a Naima ni a mis padres. Siempre dejo la almohada mojada con tantas lágrimas, por eso por la mañana me apresuro a hacer la cama antes que nadie. Prefiero que mamá no descubra la almohada humeda, me daría mucha rabia verla triste por mi culpa.

Y no es que tenga pesadillas. Al contrario, en mis sueños me veo siempre corriendo por los caminos de Oussuye o por las calles de Ziguin-

chor. Me envuelve el aire cálido, juego con mis amigas a la sombra de las inmensas ceibas de la plaza, recorro los senderos que cruzan la floresta... La luz lo inunda todo, y en el sueño me rodean los colores más intensos: los verdes de las plantas y de los árboles, el color naranja de la tierra, los miles de grullas blancas volando sobre los arrozales, los flamboyanes de la calle que desciende hasta el río, repletos de tantas flores rojas que parecen formar una fila de hogueras suspendidas en medio del cielo...

Y entonces, en algún momento, me despierto. Casi siempre es al amanecer, cuando una claridad mínima se abre paso entre las rendijas de la persiana. Contemplo los muebles de la habitación y enseguida me doy cuenta de que Ziguinchor, y los campos de baobabs, y el río Casamance, y Senegal entero quedan lejos, muy lejos. Comprendo que estoy un día más en el País de las Ausencias, el nombre que se me ocurrió ayer por la mañana, cuando Naima y yo jugábamos a señalar lo que echábamos en falta, las cosas que dejamos allá y no hay aquí.

—La luz —comencé yo.

Era la primera de mi lista porque fue lo que más me impresionó cuando el tren llegó a Vigo. Era de día, sí, e incluso había algún rastro de azul entre las nubes que cubrían el cielo. Pero se

trataba de un azul pálido, como pálidos me parecieron también los colores de los árboles, y de la hierba, y de la tierra, y de las casas, pues les faltaba la luz intensísima que inundaba cada rincón de Ziguinchor.

—Los árboles y las plantas —continuó mi hermana—. Las ceibas, los baobabs, los mangos, los flamboyanes, las palmeras, las acacias, los cocoteros, los hibiscos...

20

Mi hermana siguió recitando los nombres de los árboles que cubren todo el espacio donde transcurría nuestra vida en Senegal. Cuando paró, no sé si para tomar aliento, yo aproveché para añadir:

—La música y las canciones, allí siempre estábamos cantando.

—Y el trinar de los pájaros —continuó Naima, al tiempo que cerraba los ojos como si quisiera escucharlos mejor.

Mi hermana tenía razón, pues toda la Casamance es el paraíso de los pájaros, los árboles acogen los nidos de miles de ellos. Y al atardecer, cuando todo el cielo se tiñe de un intensísimo color rojo antes de que el sol se ponga, es tanta la algarabía que casi no se puede hablar con el estruendo que forman.

—Mis amigas —añadí en voz baja, al tiempo que notaba un nudo en la garganta y el

escozor en los ojos que anuncia las ganas de llorar.

—Las amigas, yo también, y los juegos bajo la ceiba en las horas de más calor.

Entonces fue cuando Naima se quedó callada y me miró con ojos tristes. Tal vez acababa de darse cuenta de que nuestro juego no era nada divertido. Porque ella siempre está riéndose, se sorprende con cada cosa nueva que descubre en casa o las pocas veces que salimos a la calle. Y, sin querer, yo la había obligado a pensar en la vida que habíamos dejado, en una vida que ya no volveríamos a tener.

—Nos falta casi todo, este parece el País de las Ausencias —dije con un hilo de voz, para que ella no me oyera.

Y ahí abandonamos el juego, quizá porque las dos nos dimos cuenta al mismo tiempo de que no podíamos seguir. La lista sería interminable, y continuar con ella nos lastimaría el corazón.

Por eso me he alegrado tanto al verte hoy, amiga Luna. Aunque aquí aparezcas con la luz más pálida, sé que eres la misma que tantas veces contemplé desde la terraza de nuestra casa. Y sé que, igual que iluminas estos tejados y estas calles desconocidas, también lo haces con todos los rincones del barrio que dejé tan lejos.

Si cierro los ojos, aún puedo ver a los niños jugar a estas horas en la plaza, sentir sus gritos y carreras, pues nadie se acuesta temprano en Ziguinchor.

Ten paciencia conmigo, déjame contarte todas estas cosas. ¿A quién, si no, le iba a confiar lo que siento por dentro? A papá no, que por las tardes llega cansado de trabajar y lo que menos quiere es escuchar nuestras preocupaciones. Tampoco a mamá, que bastante tiene con tanta tarea como hace durante todo el día. Y menos a Naima, que todavía es muy pequeña para entender mi tristeza. A otras personas no podría aunque quisiera, pues aquí no conozco a nadie más.

Se lo contaría a la abuela Feriane si estuviera con nosotros, pero ya hace más de medio año que nos dejó. Tengo que conformarme con recordarla a todas horas. La abuela es mi mayor ausencia, aunque no me haya atrevido a nombrarla en el juego, pues siento que una parte de ella también hizo este viaje con nosotros y anda ahora por la casa. De alguna manera, como me repitió tantas veces, su espíritu estará siempre conmigo. También aquí, y en cualquier lugar del mundo adonde la vida me lleve.